

La ciencia en vulgar y las élites laicas, de la Edad Media al Renacimiento

Lluís CIFUENTES I COMAMALA

Universitat de Barcelona. Facultat de Filologia. Centre de Documentació Ramon Llull

Sumario: 1. Introducción • 2. La gran transformación • 3. Nuevos instrumentos y canales de difusión del saber • 4. El marco ibérico bajomedieval • 5. De la Edad Media al Renacimiento • 6. La ciencia en casa del profano • 7. Formas de compendiar los saberes útiles.

1. Introducción

Las obras de Juan Vallés, entre ellas la que es objeto de esta publicación, constituyen un muy interesante ejemplo de la gran atracción que por los temas científicos y técnicos demostraron, durante la Edad Media y el Renacimiento, los grupos sociales no vinculados al ejercicio práctico o profesional de estas disciplinas, fundamentalmente la nobleza y la burguesía. Los orígenes de esta atracción se pueden rastrear, en el Occidente europeo, durante el paso de la alta a la Baja Edad Media y, sobre todo, a partir del siglo XIII. Se manifestó en importantes cambios que afectaron al mundo del libro y de la lectura; entre ellos, quizás el más evidente fue el uso de las lenguas vulgares o vernáculos para la difusión y transmisión de estos conocimientos, hasta entonces patrimonio exclusivo del latín, en un proceso histórico que se ha denominado vernacularización del saber¹. Lengua de los usos sagrados y solemnes, incluida la alta cultura, el latín, poco a poco, en los siglos bajomedievales, tuvo que compartir, bajo el impulso de aquellos sectores sociales y de otros también extraacadémicos, ese espacio antaño exclusivo. El Renacimiento constituye, también en este terreno, una época de continuidad y de profundización de unas tendencias cuyas raíces deben buscarse dos siglos atrás.

1. Véase *Sciència.cat* <<http://www.sciencia.cat>>, portal de la línea de investigación dirigida por el autor sobre la difusión de la ciencia y de la técnica en catalán durante la Edad Media y el Renacimiento. Esta línea de investigación está actualmente financiada por el proyecto HUM2004-05176/FILO del MEC. Su publicación más representativa es: LL. CIFUENTES I COMAMALA, *La ciència en català a l'Edat Mitjana i el Renaixement*, Barcelona-Palma de Mallorca, Universitat de Barcelona-Universitat de les Illes Balears, 2006 (2ª ed. revisada y ampliada).

A continuación, se exponen las líneas generales de ese proceso de vernacularización del saber, fundamentalmente del saber científico y técnico, en el que Vallés y su obra se inscriben, sus orígenes y manifestaciones, desde la Edad Media hasta el Renacimiento; los públicos de la ciencia y de la técnica expresada en lengua vernácula; el interés de la nobleza y de la burguesía por la ciencia y la técnica y la tipología de las obras que más les atraían; y finalmente se analizarán las compilaciones del saber, en particular el género de los recetarios, del que el *Regalo de la Vida Humana* forma parte².

2. La gran transformación

Puesto que nuestro objetivo aquí es trazar brevemente el camino que, a través del último Medievo, lleva hasta Juan Vallés y su obra escrita, ya en pleno Renacimiento, resulta conveniente comenzar recordando que debemos hacer un esfuerzo por obviar la exitosa propaganda que los renacentistas realizaron a su favor y en contra de la época que ellos calificaron despectivamente de “gótica”³. Se asume hoy –aunque dicha asunción no siempre se refleja en los escritos, incluidos los académicos– que entre Medievo y Renacimiento rige, en las estructuras profundas, más la continuidad que la ruptura, y que el pretendido nuevo albor de la civilización occidental admite muchos matices y, en todo caso, bebe y se sustenta en la tradición cultural iniciada a raíz de las profundas transformaciones que afectaron al Occidente europeo con el tránsito de la alta a la baja Edad Media (siglos XI-XIII). Esto es rotundamente cierto también en el campo que nos ocupa, aunque con frecuencia se olvida que, en los círculos académicos y cultivados de la primera Edad Moderna, las obras de Vesalio, Paré o Copérnico convivieron con las de Galeno, Arnau de Vilanova o Avicena, y no sólo en el siglo XVI.

El gran cambio, en la historia de la Europa occidental, no se produce pues en 1500 sino tres o cuatro siglos antes⁴. Fue entonces que el Occidente europeo vio variar su estructura social y aparecer, como consecuencia de ello y en el campo que aquí interesa, un conjunto de radicales transformaciones en el ámbito educativo y en la difusión del saber. Estos cambios se iniciaron en la Europa latina meridional, en los países ribereños del Mediterráneo, y poco a poco se difundieron a las zonas limítrofes y periféricas.

2. Una primera aproximación a esta obra junto con una breve introducción a la biografía de Juan Vallés, en F. SERRANO LARRÁYOZ, “La edición del *Regalo de la Vida Humana* [Österreichische Nationalbibliothek, *Codex Vindobonensis Palatinus*, Ms. 11160] de Juan Vallés (c.1496-1563): un proyecto en curso”, *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*, 13, 2006, pp. 341-354.

3. A consultar, entre otra bibliografía, J. HEERS, *Le Moyen Âge, une imposture*, París, Perrin, 1992 [trad. esp.: *La invención de la Edad Media*, Barcelona, Crítica, 1995].

4. Presentaciones generales útiles en R. I. MOORE, *The First European Revolution (c. 970-1215)*, Oxford, Blackwell, 2000 [trad. esp.: *La primera revolución europea (c. 970-1215)*, Barcelona, Crítica, 2003]; y en las síntesis de J. LE GOFF, *La civilisation de l'Occident médiéval*, París, Flammarion, 1982 [trad. esp.: *La civilización del Occidente medieval*, Barcelona, Paidós, 1999]; y *L'Europe est-elle née au Moyen Âge?*, París, Seuil, 2003 [trad. esp.: *¿Nació Europa en la Edad Media?*, Barcelona, Crítica, 2003].

Es sabido, y no es este el lugar de analizarlo con detalle, que, a partir del siglo XI, la Europa latina occidental vivió un resurgir de la vida urbana, estancada o prácticamente desaparecida desde el hundimiento de la civilización grecorromana, que se fundamentaba en una recuperación del comercio de larga distancia, posible a partir del fin o la reducción de las violencias externas e internas que caracterizaron a la sociedad feudal de los tres órdenes.

Este resurgir de la vida urbana de base comercial fue consubstancial a la aparición de un nuevo grupo social que, aunque encajó en la sociedad estamental, rompió para siempre el equilibrio que hasta entonces había existido entre nobleza, clero y campesinado. El nuevo grupo social, surgido de la actividad comercial y de otras actividades relacionadas con las artes liberales y con las ocupaciones que se denominarían profesiones liberales, ha recibido el nombre de burguesía. Este nuevo grupo social, al que pronto se unió un sector creciente de la nobleza que se instaló en las ciudades –más cómodas y llenas de posibilidades que los castillos roqueros del ámbito rural– pugnó y consiguió hacerse un lugar entre la élite del gobierno y de la cultura, al lado e incluso sustituyendo a las antiguas élites clericales⁵.

Las nuevas élites laicas desarrollaron un conjunto de necesidades hasta entonces desconocidas que revolucionaron el ámbito de la creación y la difusión de la cultura y el conocimiento. Estos salieron de los monasterios, de las catedrales y de los reducidos círculos cortesanos para tomar cuerpo en una nueva institución, la universidad, que tenía como primer objetivo la educación organizada de los vástagos de esas nuevas élites y, bajo estrecho pacto con la Iglesia, la elaboración y divulgación de un saber con las debidas garantías técnicas pero también teológicas. La universidad medieval constituía un engranaje pensado para facilitar la cooptación de los hijos del patriciado urbano como élites dirigentes de las ciudades y de los estados, convenientemente dotados de la formación adecuada para dar respuesta a las demandas sociales de la época. La nueva institución proporcionaba una educación básica en las materias generales y comunes (desde la aritmética a la astronomía/astrología, pasando por los métodos de análisis y razonamiento) y otra avanzada en tres ámbitos concretos: la teología, el derecho y la medicina. Una educación organizada que se consideró especialmente valiosa para afrontar determinadas necesidades sociales y que ilustra la función de la universidad medieval como motor de formas más racionales de ejercicio de la autoridad en la Iglesia, el gobierno y la sociedad, así como en la gestión de un área tan especialmente sensible como la salud. Teólogos, predicadores, juristas, notarios y médicos, pero también burocratas y educadores, empezaron a salir de sus aulas provistos de grados académicos, que la institución y los organismos controlados por o bajo influencia de la burguesía

5. Aunque muy limitado a Francia, se estudia este proceso, en el ámbito de la cultura, en J. VERGER, *Les gens du savoir en Europe à la fin du Moyen Âge*, París, Presses Universitaires de France, 1997 [trad. esp.: *Gentes del saber en la Europa de finales de la Edad Media*, Madrid, Complutense, 1999].

se apresuraron a hacer valer, cargando contra las formas tradicionales o alternativas de educación, que fueron calificadas de intrusistas⁶.

Para las nuevas élites laicas, y especialmente para la burguesía, la universidad y todo lo que de ella emanaba (conocimientos y profesionales preparados) constituyó pronto una fuente de prestigio social que explotó decididamente tanto en sus esferas de influencia como en el ámbito privado. Los diferentes sectores de la burguesía (desde el patriciado hasta el artesanado) buscaron en la universidad ese saber con garantías de eficiencia probada que era susceptible de producir prestigio social, si era aplicado en la práctica de los oficios y profesiones pero también si era utilizado como objeto de ostentación más o menos privada. En una concepción instrumentalista del saber, influida por la ciencia árabe, buscaron sobre todo saberes útiles, aplicables a las necesidades prácticas de la vida cotidiana y del ejercicio de sus oficios y profesiones. Estos sesgos rigieron la parte del conocimiento que las nuevas élites anhelaron y asumieron.

La necesidad formativa y educativa, fue paralela a otras necesidades, en parte estrechamente relacionadas con aquella, referentes a campos tan dispares como la religión, la justicia y la fe pública, la salud o el ocio. La predicación pasó a ser ejercida por individuos con una formación teológica sólida y ortodoxa, obtenida en las facultades de teología, capaces de defender la función mediadora de la Iglesia frente a las herejías, el islam y el judaísmo y de reintroducirla con eficacia en los materialistas medios urbanos⁷. El derecho romano y la institución notarial, surgida en el siglo XII, fueron la respuesta a la necesidad de ordenar y de poner negro sobre blanco en el mundo de los negocios mercantiles, pero también de poner orden en un feudalismo sometido al embate de unas monarquías en auge gracias al apoyo de la burguesía, de la cual juristas y notarios eran miembros respetados⁸. La medicina racional, fundamentada en el galenismo y en la filosofía natural aristotélica, fue introducida a partir de finales del siglo XI en estrecha conexión con la demanda de conocimientos y profesionales capaces de hacer frente a la enfermedad y de facilitar una vida sana y prolongada, con pleno disfrute de los bienes

6. Sobre la universidad medieval, véase fundamentalmente F. H. RASHDALL, *The Universities of Europe in the Middle Ages*, ed. revisada por F. M. POWICKE y A. B. EMDEN, 3 vols., Oxford, Clarendon Press, 1936 [reimpr.: Oxford, Oxford University Press, 1987]; y H. DE RIDDER-SYMONENS (ed.), *Universities in the Middle Ages*, en W. RÜEGG (ed.), *A History of the University in Europe*, vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press, 1992 [trad. esp.: *Las universidades en la Edad Media*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1994].

7. Una síntesis en J. LONGÈRE, *La predication médiévale*, París, Etudes Augustiniennes, 1983. Para los usos del latín y de las lenguas vernáculas en este ámbito véase V. COLETTI, *Parole dal pulpito: Chiesa e movimenti religiosi tra latino e volgare nell'Italia del Medioevo e del Rinascimento*, Casale Monferrato, Marietti, 1983.

8. Los estudios sobre historia del notariado adolecen de una fuerte compartimentación territorial. Es interesante el enfoque de algunos trabajos reunidos en J. A. BARRIO BARRIO (ed.), *Los cimientos del estado en la Edad Media: cancellerías, notariado y privilegios reales en la construcción del estado en la Edad Media*, Alcoi, Marfil, 2004. Una breve síntesis en O. FENGER, *Notarius publicus: le notaire au moyen âge latin*, Aarhus, Aarhus Universitetsforlag, 2001.

materiales acumulados, muy viva en las nuevas élites⁹. El ocio reapareció, tras siglos de ausencia en la civilización del Occidente europeo, y el tiempo libre que permitían los negocios, el ejercicio profesional o la gestión del patrimonio generó una demanda cultural, de todos los niveles, en la cual la literatura, pero también los saberes útiles, rodeados de prestigio, y muy especialmente los relacionados con las necesidades de la burguesía y de la nobleza, tuvieron un papel destacado¹⁰.

3. Nuevos instrumentos y canales de difusión del saber

Monarquía, nobleza y patriciado urbano proporcionaron un modelo cultural a imitar, que fue seguido por otros sectores inferiores capaces de leer y escribir, particularmente el artesanado, gracias a la creación de nuevos instrumentos y canales de difusión del saber.

Aquel conjunto de necesidades inéditas confluía en un ámbito, la escritura y, en suma, el mundo del escrito, que bajo su impacto sufrió igualmente una profunda transformación. En el siglo XIII, la universidad convirtió el libro, hasta entonces casi literalmente un objeto de culto al alcance de unos pocos, en un negocio organizado. Sin embargo, el modelo de libro universitario, heredado del libro eclesiástico del alto Medievo, se adaptaba poco a la nueva y cada vez más extensa demanda cultural de los sectores extraacadémicos. Fue así que en el tránsito del siglo XIII al XIV surgió un nuevo tipo de libro, caracterizado por un formato más reducido (tendente al cuarto), un material más barato (el papel en lugar del pergamino), una impaginación más clara (tendente a la línea tirada), un tipo de letra más legible (cursiva e híbrida en lugar de libraria y con menos abreviaturas) y un uso preponderante de la lengua vernácula. Este nuevo tipo de libro delataba a un público que exigía un producto más asequible, económica, material y culturalmente. Hasta finales del siglo XV, este nuevo y formidable instrumento cultural, que demostró una fuerte adaptabilidad a diferentes usos y a diferentes sectores del mercado,

9. Para la medicina en la Edad Media, véase la síntesis de N. G. SIRAI, *Medieval and Early Renaissance Medicine: An Introduction to Knowledge and Practice*, Chicago, The University of Chicago Press, 1990. El ámbito ibérico cuenta con los estudios de L. GARCÍA BALLESTER, *La búsqueda de la salud: sanadores y enfermos en la España medieval*, Barcelona, Península, 2001; M. R. MCVAUGH, *Medicine before the Plague: Practitioners and Their Patients in the Crown of Aragon (1285-1345)*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993; C. FERRAGUD DOMINGO, *Medicina i promoció social a la Baixa Edat Mitjana (Corona d'Aragó, 1350-1410)*, Madrid, CSIC, 2005; y F. SERRANO LARRÁYOZ, *Medicina y enfermedad en la corte de Carlos III el Noble de Navarra (1387-1425)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2004.

10. Aunque los estudios históricos sobre el ocio insisten más en los aspectos festivos que en los culturales, pueden consultarse, entre otros, los recogidos en S. CAVACIOCCHI (ed.), *Il tempo libero, economia e società (loisirs, leisure, tiempo libre, freizeit, secc. XIII-XVIII): atti della Ventiseiesima Settimana di Studi [dell'Istituto Internazionale di Storia Economica Francesco Datini] (18-23 aprile 1994)*, Florencia, Le Monnier, 1995; y, centrado en la Francia medieval, el de J. VERDON, *Les loisirs en France au Moyen Âge*, París, J. Tallandier, 1980.

ingresó en las bibliotecas de reyes y nobles, de mercaderes y notarios, pero también en las de artesanos y pequeños propietarios rurales, en una sociedad más alfabetizada de lo que ciertos tópicos pretenden, y fue el eje de una penetración social del saber desconocida hasta entonces. El negocio del libro y la demanda existente y creciente dio vida a copistas y libreros, pero también a traductores y a autores, que trabajaron al amparo de las nuevas élites, cuando no formaron parte directamente de éstas o de sus aledaños¹¹.

La sed de conocimientos procedentes del prestigioso y prestigiador mundo universitario, entre ellos y en particular de conocimientos científicos y técnicos, no se dio sólo entre estas élites laicas sino también, aunque por motivos sensiblemente diferentes a los que acabamos de ver, entre un sector social implicado en el ejercicio de los oficios y las profesiones que denominamos liberales. Este sector social, fundamentalmente extraacadémico, estaba constituido por quienes ejercían los oficios de acuerdo con el denominado “sistema abierto”, es decir, habiendo obtenido su formación según el sistema de aprendizaje vigente en el artesanado y no en las aulas universitarias. Debido a la difusión de la medicina racional, impulsada por su protagonismo en la estructura de la universidad medieval y por el interés decidido por esta área demostrado por las élites, quienes practicaban los oficios relacionados con la salud (humana y animal) de forma extraacadémica –y cabe recordar que eran mucho más mayoritarios que quienes poseían formación académica– participaron de forma especialmente precoz y significativa en ese segundo sector social interesado por los conocimientos emanados de la universidad. Cirujanos, barberos, boticarios y, aunque en otro plano, también albéitares, esperaban obtener de los textos universitarios los conocimientos teórico-doctrinales que habían faltado en su formación meramente técnica y empírica y que, dado el interés social creciente por los saberes creados en y emanados de la universidad y por los profesionales que los asimilaban, confiaban mejorar con ellos su posición profesional y social¹².

Sin embargo, ambos sectores extraacadémicos –las élites laicas y los practicantes de los oficios– chocaban contra un muro cultural que les impedía obtener los beneficios que esperaban y que veían al alcance de la mano. Este muro cultural era el latín, la lengua de todo lo sagrado y lo solemne en la Europa de la época y que, en un proceso na-

11. Sobre algunas de estas cuestiones, véase A. PETRUCCI, “Il libro manoscritto”, en A. ASOR ROSA (dir.), *Letteratura italiana*, vol. 2 (*Produzione e consumo*), Turín, Einaudi, 1983, pp. 499-524; R. H. ROUSE y M. A. ROUSE, *Manuscripts and Their Makers: Commercial Book Producers in Medieval Paris (1200-1500)*, 2 vols., Turnhouse, Harvey Miller, 2000; M. A. ROUSE y R. H. ROUSE, *Authentic Witnesses: Approaches to Medieval Texts and Manuscripts*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1991; y A. DEROLEZ, *The Palaeography of Gothic Manuscript Books: From the Twelfth to the Early Sixteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006.

12. Para los públicos implicados, véase LL. CIFUENTES, “Vernacularization as an intellectual and social bridge: The Catalan translations of Teodorico’s *Chirurgia* and of Arnau de Vilanova’s *Regimen sanitatis*”, *Early Science and Medicine*, 4, 1999, pp. 127-148. Se analiza un ejemplo concreto entre los barberos y cirujanos en el trabajo del mismo autor: “La promoció intel·lectual i social dels barbers-cirurgians a la Barcelona medieval: l’obrador, la biblioteca i els béns de Joan Vicenç (fl. 1421-1464)”, *Arxiu de Textos Catalans Antics*, 19, 2000, pp. 429-479.

tural, se había convertido también en la lengua de la nueva institución universitaria y de todos los productos que de ella procedían. El dominio que tenían del latín estos sectores extraacadémicos, a pesar de la presencia de éste en lo cotidiano a través de la Iglesia y de la notaría, era muy limitado y en todo caso insuficiente como para garantizar la transmisión de conocimientos que anhelaban. A pesar de ello, desde instancias universitarias se intentó, durante el siglo XIII, dar respuesta a esta demanda mediante la elaboración de compendios y extractos en latín especialmente concebidos para estos individuos, calificados de *pauperes* o “pobres”, no en el sentido económico o material, como se ha creído, sino en el cultural o educativo. La publicación de obras destinadas a “pobres”, que deben identificarse con estos sectores extraacadémicos, especialmente con las élites laicas, cubrió todos los ámbitos docentes de la universidad medieval. Conviene citar aquí el célebre *Thesaurus pauperum* atribuido a Pedro Hispano, no sólo porque es, entre éstas, la obra de referencia del ámbito de la medicina sino porque se estructura en forma de recetario –de construcción mucho más inteligente de lo que habitualmente se da por supuesto–, que gozó de una extraordinaria difusión en los siglos siguientes y que fue fuente de muchas otras obras sobre la terapéutica¹³.

La solución más efectiva al problema planteado empezó a darse, de forma más o menos puntual, también a lo largo del siglo XIII y, de manera decidida y masiva, a partir de las últimas décadas de ese mismo siglo. Tomando como modelo la experiencia ensayada ya en la literatura de creación y entretenimiento, se difundió el uso de las lenguas comúnmente habladas o vernáculos en la traducción y en la redacción de obras que interesaban a esos públicos extraacadémicos, reservándose el latín para la escolástica universitaria. Se inició entonces un proceso que se ha convenido en denominar de vernacularización del saber, en este caso del saber científico y técnico, que tuvo un papel muy importante en la consolidación del modelo de conocimiento y de profesional que representaba la universidad, algo especialmente evidente, por las razones aducidas, en el ámbito de la medicina. La penetración social del saber que el uso de las lenguas habladas permitió no tenía precedentes en la historia de Europa. En su doble faceta de herramienta de divulgación del saber y de instrumento de formación y promoción profesionales, la vernacularización hizo que los conocimientos sobre la ciencia y la técnica se difundieran en estratos sociales muy diversos, y no sólo entre las élites propiamente dichas, en una sociedad en que el interés por estas materias, especialmente por las que hoy denominamos ciencias naturales, era muy acusado¹⁴.

13. Sobre esta iniciativa, véase LL. CIFUENTES, “Estratègies de transició: pobres i versos en la transmissió extraacadèmica del saber a l’Europa llatina baixmedieval”, en *‘Translatar’ i ‘transferir’: la transmissió dels textos i el saber (1200-1500). Primer col·loqui internacional del Grup Narpan “Cultura i literatura a la Baixa Edat Mitjana” (Barcelona, 22-23 nov. 2007)*, Santa Coloma de Queralt, Obrador Edèndum (en prensa). Sobre el *Thesaurus pauperum*, véase M. H. DA ROCHA PEREIRA, *Obras medicas de Pedro Hispano*, 2 vols., Coimbra, Universidade de Coimbra, 1973.

14. Un panorama general de este proceso en W. C. CROSSGROVE, “The vernacularization of science, medicine, and technology in late medieval Europe: broadening our perspectives”, *Early Science and Med-*

El abanico de temas científico-técnicos que interesaban a estos lectores en lengua vernácula era muy amplio. Incluía tanto los temas que hoy consideramos científicos como los que clasificamos como pseudo-científicos (astrología, alquimia, magia). El interés por estos últimos temas, incomprendido por muchos estudiosos que siguen tratándolos con desdén y como una realidad aparte –algo completamente extraño a la cosmovisión propia de la Europa medieval y moderna–, estuvo íntimamente relacionado con los primeros y, en no pocas ocasiones, fue el interés por estos últimos lo que motivó el estudio de aquellos. Algo muy claro en la relación entre astrología y astronomía, pero igualmente visible en el interés por las virtudes o fuerzas ocultas en la naturaleza o por la posibilidad de transformar la materia y de conseguir un medicamento universal. Estos saberes son los que caracterizaron en buena medida los textos denominados “de secretos” y que consiguieron un destacado favor del público, en particular del público ajeno al ejercicio de los oficios técnicos, desde el siglo XIII y hasta muy avanzada la época moderna.

Las lenguas vernáculas del Occidente europeo se convirtieron en vehículos de comunicación científica, con una relación más compleja de lo que se ha supuesto con el latín, que durante todo el período medieval y moderno continuó monopolizando el ámbito universitario. Estos nuevos vehículos de comunicación científica no fueron utilizados únicamente por los sectores extrauniversitarios, sino también por elementos universitarios, que se sirvieron de estas lenguas y de los productos que circulaban escritos en ellas bien para acceder a conocimientos que no existían en latín, bien para llegar a unos públicos inaccesibles en latín. Por ello, las lenguas vernáculas constituyeron un medio ideal para difundir, de forma consciente y desde la institución universitaria, los conocimientos elaborados en ésta, tanto con intención divulgativa como con la de incidir en la formación de los practicantes de los oficios relacionados con las disciplinas universitarias de mayor proyección social, muy particularmente las relacionadas con la salud, y acercarlos así al modelo representado por la universidad¹⁵.

Estas lenguas vernáculas se conocieron habitualmente con la designación genérica de “vulgares” (u otras de significado similar) para diferenciarlas de la posición ocupada

icine, 5, 2000, pp. 47-63. Forma parte del dossier monográfico W. C. CROSSGROVE, M. SCHLEISSNER y L. E. VOIGTS (eds.), *The vernacularization of science, medicine, and technology in late medieval Europe*, publicado en *Early Science and Medicine*, 3, 1998, pp. 81-185; 4, 1999, pp. 127-163; y 5, 2000, pp. 47-63. Un estudio de caso concreto en LL. CIFUENTES, *La ciència en català...* Una síntesis en español de este estudio en los trabajos del mismo autor: “La vernacularización de la ciencia a finales de la Edad Media: un modelo explicativo a partir del caso del catalán” y “Fuentes para el estudio de la vernacularización de la ciencia a finales de la Edad Media”, en B. M^a GUTIÉRREZ RODILLA (ed.), *Aproximaciones al lenguaje de la ciencia*, Burgos, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2003, pp. 265-300 y 419-451.

15. Para la implicación de los medios universitarios en este proceso, véase LL. CIFUENTES, “Université et vernacularisation au bas Moyen Âge: Montpellier et les traductions catalanes médiévales de traités de médecine”, en D. LE BLÉVEC y T. GRANIER (dirs.), *L’Université de Médecine de Montpellier et son rayonnement (XIII^e-XV^e siècles): actes du colloque international de Montpellier organisé par le Centre de recherches et d’études médiévales sur la Méditerranée occidentale (Université Paul Valéry-Montpellier III), 17-19 mai 2001*, Turnhout, Brepols, 2004, pp. 273-290.

por el latín como lengua de la sabiduría y de lo solemne, tanto en lo sagrado como en lo profano. El proceso de vernacularización del saber se documenta tanto en las lenguas vulgares del área románica –denominadas “romances”– como en las de la germánica e incluso en otras.

Paralelamente al proceso documentado en las lenguas vernáculas, se desarrolló también un intenso uso del hebreo como lengua de comunicación científica. El caso del hebreo, aunque admite comparaciones con el fenómeno registrado en vulgar, se diferencia de éste por el hecho de tratarse de una lengua sagrada y de difusión internacional. En cualquier caso, tanto en las lenguas vulgares como en hebreo se dieron complejas relaciones –en el proceso de traducción, búsqueda de fuentes y transmisión de textos– con el latín, entre vulgares y hebreo, y entre los diferentes vulgares. Sin embargo, en el contexto de las comunidades judías el hebreo no fue la única lengua utilizada para la difusión del saber científico-técnico y el acceso a este tipo de conocimientos. Las lenguas vulgares de los países en los que éstas estaban establecidas fueron, efectivamente, las vías habituales de comunicación tanto cotidiana como científico-técnica, incluso mediante el tan interesante como todavía poco estudiado fenómeno de la aljamía¹⁶.

4. El marco ibérico bajomedieval

En el marco ibérico bajomedieval el fenómeno de la vernacularización de la ciencia contó con algunos factores favorables. La institución universitaria se desarrolló tardíamente y demostró una acusada debilidad hasta finales de la Edad Media. Por otro lado, la cúpula de la sociedad y del gobierno, la monarquía, demostró, sobre todo en la Corona de Aragón, un sensible interés por el mundo del saber, en particular por el saber científico-natural y médico, durante todo el período. La marginación de los judíos de la institución universitaria en un contexto en el que eran particularmente numerosos y en el que aquella era poco menos que marginal, desembocó, sobre todo en Castilla, en un uso intenso de la lengua vulgar entre sus sabios y en sus comunidades¹⁷.

La Corona de Aragón contó, además, con una situación geográfica que la situó en el área más dinámica de este proceso. En efecto, fue precisamente en las regiones del arco mediterráneo noroccidental, desde Sicilia hasta Valencia, donde surgieron las novedades y transformaciones aludidas, para a continuación difundirse por las áreas limítrofes y el resto de la Europa latina occidental. Italia, el gran centro creador, Occitania (sobre todo la Provenza y el Languedoc) y la Corona de Aragón (en particular, Cataluña

16. Para el patrimonio científico-técnico medieval escrito en alfabeto hebreo la fuente principal sigue siendo M. STEINSCHNEIDER, *Die Hebraischen Uebersetzungen des Mittelalters und die Juden als Dolmetscher: Ein Beitrag zur Literaturgeschichte des Mittelalters meist nach handschriftlichen Quellen*, Berlín, Kommissionsverlag des Bibliographischen Bureaus, 1893 [reimpr. facs.: Graz, Akademische Druck-u. Verlagsanstalt, 1956].

17. Véase, especialmente para este último aspecto, L. GARCÍA BALLESTER, *La búsqueda de la salud...*

y Valencia), mantuvieron en la época un íntimo y fructífero contacto, que permitió el viaje de las personas, de los textos, de las ideas y de las novedades. La instalación de la dinastía de Pedro el Grande en Sicilia en 1282 colocó a la monarquía catalanoaragonesa en el ojo del huracán del principal problema político de Europa, la lucha entre güelfos y gibelinos, y nada menos que a la cabeza del partido gibelino; pero también supuso regir uno de los focos culturales más destacados, cuya influencia se haría sentir pronto en el otro extremo del arco mediterráneo, y abrir las puertas de Italia a catalanes y aragoneses, que irían y vendrían de una a otra península durante los dos siglos siguientes. Desde finales del siglo XIII hasta principios del XVI, en catalán –principal lengua de la corte catalanoaragonesa y con una potente burguesía detrás– y, en mucha menor medida, en aragonés –todavía no relegado a los valles pirenaicos– se dio una gran cantidad de traducciones y de obras originales pertenecientes a todos los géneros¹⁸. Con esta producción escrita en ambas lenguas, sobre todo en catalán, la Corona de Aragón se convirtió, durante los siglos XIV y XV y especialmente durante el primer Renacimiento, en un destacado puente cultural entre la península Itálica y la península Ibérica a través del cual entraron en Castilla y en el castellano, mediante traducciones a partir del catalán, importantes e influyentes realizaciones procedentes de Italia¹⁹.

En Castilla se dio, a mediados del siglo XIII, un temprano florecimiento de la traducción vernácula bajo el impulso de un monarca excepcional, Alfonso X el Sabio (1221-1284). El proyecto político personal alfonsí tenía muy en cuenta una parte del saber científico-técnico –fundamentalmente, la astronomía/astrología y la magia– muy desarrollada en el mundo árabe y para cuyo acceso el reino castellano tenía una posición privilegiada²⁰. Sin embargo, la obra de Alfonso, ya de por sí muy parcial en cuanto a los temas tratados, no pudo tener continuidad, a causa de la desaparición de la iniciativa

18. Para el catalán, véase fundamentalmente el ya citado estudio de LL. CIFUENTES, *La ciència en català...* Para el aragonés, se ha estudiado la excepcional figura de Juan Fernández de Heredia (1308?-1396), cuyo proyecto cultural abarcó también los temas científicos. Véase J. M. CACHO BLECUA, *El gran mestre Juan Fernández de Heredia*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1997.

19. Este tema, tan políticamente envenenado, fue ya apuntado por Á. GÓMEZ MORENO, *España y la Italia de los humanistas: primeros ecos*, Madrid, Gredos, 1994, en part. pp. 44-46. Se propone un catálogo de textos implicados en J. RIERA I SANS, “Catàleg d’obres en català traduïdes en castellà durant els segles XIV i XV”, en *Segon Congrés Internacional de la Llengua Catalana*, 8 (Area VII: Història de la llengua), ed. por A. FERRANDO FRANCÉS, Valencia, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana-Barcelona, Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 1989, pp. 699-709. Se discute su alcance en CH. B. FAULHABER, “Sobre la cultura ibérica medieval: las lenguas vernáculas y la traducción”, en J. M^a LUCÍA (ed.), *Asociación hispánica de literatura medieval: Actas del VI Congreso*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 1997, pp. 587-597. Para aspectos más concretos de la interrelación científica y cultural entre los dos principales estados ibéricos durante los siglos XIV y XV, véase LL. CIFUENTES, “Las traducciones catalanas y castellanas de la *Chirurgia magna* de Lanfranco de Milán: un ejemplo de intercomunicación cultural y científica a finales de la Edad Media”, en T. MARTÍNEZ ROMERO y R. RECIO (eds.), *Essays on Medieval Translation in the Iberian Peninsula*, Omaha-Castellón de la Plana, Creighton University-Universitat Jaume I, 2001, pp. 95-127.

20. F. MARCOS VILLANUEVA, *El concepto cultural alfonsí*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2004, edición revisada y aumentada.

real en sus inmediatos sucesores, al menos con la misma intensidad, y sobre todo por la debilidad del elemento burgués en el reino, verdadero motor, aliado a la corona, del proceso de vernacularización. No sería hasta finales del siglo XIV, cuanto menos, y sobre todo durante el siglo XV, que el uso del castellano para la traducción y la redacción de obras técnicas y científicas tendría un desarrollo sostenido, en consonancia con lo que sucedía en otros contextos próximos y, tal como ha quedado dicho, con una participación destacada del elemento hebreo²¹.

El pequeño reino pirenaico de Navarra preservó su independencia al precio de bascular, durante los siglos bajomedievales, en la órbita francesa, salvo un breve período de intervención de los Trastámara aragoneses a mediados del siglo XV. Estas circunstancias y estos referentes culturales marcaron el perfil, también lingüístico, de la literatura científica y técnica que circuló en el país navarro durante la época²².

5. De la Edad Media al Renacimiento

El proceso de vernacularización de la ciencia se inició en las regiones ribereñas del arco mediterráneo noroccidental a lo largo del siglo XIII, con un impulso sostenido a partir del último cuarto de aquella centuria. Salvo alguna iniciativa aislada, en una primera etapa las realizaciones fueron fundamentalmente traducciones de obras en latín o en otros vulgares (y en menor medida en árabe o en hebreo) y sólo más tarde, a partir de hacia mediados del siglo XIV, la redacción de obras originales en lengua vulgar se hizo más frecuente. El fenómeno se difundió a las regiones de la periferia mediterránea, del centro y oeste del continente a lo largo de los siglos XIV y XV. Durante el siglo XV la difusión geográfica y la penetración social del fenómeno en el Occidente europeo alcanzó vastas proporciones, que se reflejan en la documentación de la época y en la cantidad de manuscritos conservados²³.

A partir de principios de la segunda mitad del siglo XV hizo su aparición, en el contexto europeo, un nuevo sistema de producción de libros mediante la impresión de

21. En L. GARCÍA BALLESTER, *La búsqueda de la salud...*, se analiza el ámbito de la medicina. Véase también C. ALVAR, "Textos técnicos traducidos en Castilla (siglos XIII a XV)", *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, 74 [=G. COLON DOMÈNECH y LL. GIMENO BETÍ (eds.), *Cultura i humanisme en les lletres hispàniques (s. XV-XVI)*], 1998, pp. 235-256, y la síntesis de L. GARCÍA BALLESTER, J. M^a LÓPEZ PIÑERO y J. L. PESET REIG (dir.), *Historia de la ciencia y de la técnica en la Corona de Castilla*, vol. I (*Edad Media, siglos XII-XV*), Valladolid, Junta de Castilla y León, 2002.

22. Se estudian algunos de estos aspectos, para la época moderna, en M^a I. OSTOLAZA ELIZONDO y J. I. PANIZO SANTOS, *Cultura y élites de Navarra en la etapa de los Austrias*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2007.

23. Para el espacio ibérico, pueden consultarse los catálogos de manuscritos e impresos antiguos (todavía en una etapa incipiente) del proyecto *PhiloBiblon* <<http://sunsite.berkeley.edu/PhiloBiblon/phhm.html>>, dirigido por CH. B. FAULHABER (University of California, Berkeley), que incluye sendas bases de datos interrelacionadas de la producción escrita en castellano, en catalán y en gallegoportugués.

tipos móviles. Sin embargo, hasta principios del siglo XVI, la imprenta constituyó un sistema marginal, por lo demás imitativo de las formas tradicionales del manuscrito, y no supuso ningún cambio radical en la producción libraria. Durante estas décadas, la producción de libros manuscritos continuó siendo mayoritaria, aunque condenada ante las ventajas que poco a poco se iban viendo en el nuevo sistema, que permitía una difusión extraordinaria y absolutamente inédita del escrito gracias a las tiradas que posibilitaba y al precio mucho menor de los volúmenes. Surgió la industria editorial tal como hoy la entendemos, con compañías comerciales especializadas, nuevos tipos de libro (el libro “de bolsillo”), nuevos tipos de letra (la humanística cursiva), nuevas figuras profesionales alrededor de la producción del libro (el editor), líneas editoriales especializadas, etc²⁴.

El nuevo sistema y la nueva industria editorial tuvieron un impacto importante en la vernacularización del saber y de la ciencia. Con un mercado de demanda que no había parado de crecer durante los siglos XIV y XV, los impresores y editores de la primera imprenta no desestimaron los textos técnicos en vulgar pertenecientes a todos los géneros, aunque con el habitual predominio de los relacionados con la salud humana y animal. Algunos de ellos iniciaron una suerte de especialización, al menos en algunos temas. Pero el mercado, tanto en vulgar como en latín, tardaría todavía en ser capaz de absorber la cantidad de títulos y de volúmenes que, sin las debidas previsiones, se pusieron a la venta. Este desfase llevó a sonoras quiebras y a una consiguiente reestructuración de la naciente industria. A partir de las primeras décadas del siglo XVI la imprenta fue más selectiva aunque continuó atendiendo a una demanda deseosa de productos técnicos también en lengua vulgar.

En general, la imprenta contribuyó poderosamente a la difusión de los textos científicos y utilitarios en lengua vernácula, pero la nueva situación afectó negativamente a los mercados con menor número de hablantes. En el contexto ibérico, el caso del catalán resulta muy ilustrativo. Tras un primer período de continuidad con respecto al sistema manuscrito, con una notable producción impresa en temas científicos, ésta quedó reducida a partir de principios del siglo XVI a los productos más populares y vendibles, que eran también los más divulgativos. Las transformaciones en el negocio editorial tuvieron un papel importante en esta evolución, pero no determinante. En efecto, no sólo la lógica del mercado libre –entonces sin limitaciones de ningún tipo– podía incidir negativamente en estos mercados. También el complejo de influencias directas e indirectas emanadas del centro del poder político podía llegar a cambiar las cosas, sobre todo si un cambio radical en este ámbito coincidía con una etapa de reestructuración en la producción libraria como la que se acaba de señalar. En el caso del mercado catalán, el traslado

24. Para el impacto de la imprenta en la vida intelectual de la Europa renacentista, véase E. L. EISENSTEIN, *The Printing Revolution in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986 (2ª ed. 2005) [trad. esp.: *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea*, Madrid, Akal, 1994]. Véase también M. LOWRY, *The World of Aldus Manutius: Business and Scholarship in Renaissance Venice*, Oxford, Blackwell, 1979.

de la corte a Castilla y su castellanización, con el consiguiente engranaje de fidelidades e imitaciones entre las élites catalanas, dio como resultado la práctica desaparición de un sector vital –por su potencia económica y su trascendencia social– del público que hasta entonces había sostenido la traducción y elaboración de obras técnicas en la propia lengua, ya de por sí castigadas por los cambios producidos en el negocio de la imprenta²⁵.

La presencia creciente del libro impreso en los mercados de Occidente superó a la del libro manuscrito desde principios del siglo XVI y se impuso como el sistema estándar de producción libraria. Sin embargo, esta circunstancia no significó la muerte total del libro manuscrito. Desaparecieron los copistas profesionales, barridos por el nuevo sistema, pero persistieron las copias domésticas, elaboradas para el propio uso. Este tipo de libro manuscrito, de carácter más o menos elaborado –con frecuencia menos que más– tenía un sesgo eminentemente práctico. Se trató, sobre todo, de colecciones de extractos o “flores” de otras obras y de recetarios de diversa temática, copiados principalmente por individuos pertenecientes a las élites laicas ilustradas. La producción manuscrita de los siglos anteriores fue destruida en su mayor parte, sobreviviendo únicamente la que se encontraba en bibliotecas eclesiásticas o nobiliarias y la que, sólo a partir de finales del siglo XVI, alimentaría al coleccionismo.

La producción de libros impresos fue sometida a severos controles políticos e ideológicos, mediante instituciones que, como la Inquisición, tenían entre sus cometidos la censura y la elaboración de índices de libros prohibidos. Contra lo que habitualmente se cree, el rigor de este control no se limitó a la maquinaria editorial, sino que invadió la esfera privada, con “visitas” de los inquisidores a las bibliotecas particulares que sembraron el terror y provocaron la autocensura y la destrucción de libros o fragmentos de libros que, por las temáticas que trataban, resultaban susceptibles de poner en peligro la integridad física del propietario. De entre los temas relacionados con la ciencia y la técnica, la magia, en particular, en cualquiera de sus facetas, incluida la magia natural, fue especialmente perseguida. Cabe recordar que este tema no era un miembro extraño en las misceláneas medievales, en las colecciones de “flores” y en los recetarios, que fueron objeto preferente de censura y de autocensura. La presencia de este tema o el temor a cómo fueran interpretados algunos pasajes procedentes de la tradición, incluso de la tradición académica, podía, en fin, inhibir algunas iniciativas editoriales de manera que algunas obras nunca llegaran a publicarse²⁶.

25. Para Barcelona, véase J. M. MADURELL I MARIMON y J. RUBIÓ I BALAGUER, *Documentos para la historia de la imprenta y librería en Barcelona (1474-1553)*, Barcelona, Gremio de Editores, de Libreros y de Maestros Impresores, 1955; M. PEÑA DÍAZ, *Cataluña en el Renacimiento: libros y lenguas (Barcelona, 1473-1600)*, Lleida, Milenio, 1996; y, del mismo autor, *El laberinto de los libros: historia cultural de la Barcelona del Quinientos*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez-Pirámide, 1997. Para Valencia, P. BERGER, *Libro y lectura en la Valencia del Renacimiento*, 2 vols., Valencia, Edicions Alfons el Magnànim-Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, 1987. Véase también LL. CIFUENTES, *La ciència en català...*, pp. 71-79.

26. Sobre la censura inquisitorial y sus caminos, véase J. PARDO TOMÁS, *Ciencia y censura: la Inquisición española y los libros científicos en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones

6. La ciencia en casa del profano

Los sectores extraacadémicos que no ejercían oficios o profesiones relacionados con la ciencia y la técnica constituían una parte del mercado de demanda fundamental en el proceso llamado de vernacularización del saber y de la ciencia que vivió la Europa latina occidental a partir del siglo XIII. Con el Renacimiento y la aparición de la imprenta, este público, amplio y diverso –desde las élites hasta el artesanado capaz de leer–, mantuvo su interés por este tipo de productos, tanto impresos como en copias manuscritas, que le facilitaba una posición sociocultural de prestigio así como el acceso a saberes que consideraba útiles. Como en los siglos anteriores, patrocinó la realización material de los libros y su publicación, las traducciones y la redacción de obras originales y, en algunos casos, efectuó personalmente estas acciones.

Las bibliotecas de estos individuos son el mejor reflejo de sus intereses culturales²⁷. Los inventarios de bienes, realizados por motivos hereditarios tras la muerte de su propietario, constituyen una fuente documental de gran riqueza que ha sido valorada desde diferentes especialidades de la historia y de la filología, entre ellas la historia del libro y de la lectura. En efecto, los inventarios *post mortem* incluían también la colección de libros del difunto, listados entre el resto de objetos de la herencia que el notario y sus ayudantes describían de forma ordenada. Se han puesto de manifiesto también las limitaciones de esta fuente, realmente excepcional, y que no siempre se han tenido en cuenta en los estudios. La intencionalidad concreta del documento determina no tan sólo su contenido sino también la forma como éste se presenta. La descripción de los volúmenes de la biblioteca está concebida para su mera identificación –del volumen vendible, no de las obras que incluya en el caso de los misceláneos– y con frecuencia, sobre todo en una primera época, se concentra en los más valiosos económicamente, que no suelen ser los que más interesan al estudioso, menos aún al estudioso de los textos en vulgar. El sistema de identificación de los volúmenes tiene una evolución evidente a lo largo de los siglos bajomedievales. De una descripción escueta, con un título y quizás la forma

Científicas, 1991. Véase también M. REY BUENO, *Los libros malditos: textos mágicos, prohibidos, secretos, condenados y perseguidos*, Madrid, Edaf, 2005.

27. Se recoge buena parte de las publicaciones sobre bibliotecas medievales y del primer Renacimiento en CH. B. FAULHABER, *Libros y bibliotecas en la España medieval: una bibliografía de fuentes impresas*, Londres, Grant & Cutler, 1987; J. MARTÍN ABAD, *Manuscritos de España: guía de catálogos impresos*, Madrid, Arco/Libros, 1989; de este mismo autor, *Manuscritos de España: guía de catálogos impresos (suplemento)*, Madrid, Arco/Libros, 1994; y A. M. GUDAYOL I TORELLÓ, “Inventaris de biblioteques en el món hispànic a l'època tardomedieval i moderna: balanç bibliogràfic (1980-1997)”, *Anuari de Filologia (Secció C: Filologia Catalana)*, 20/9, 1998-1999 [= 2002], pp. 29-113. Algunos estudios analíticos en M. CHEVALIER, *Lectura y lectores en la España de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Turner, 1976; T. J. DADSON, *Libros, lectores y lecturas: estudios sobre bibliotecas particulares españolas del Siglo de Oro*, Madrid, Arco/Libros, 1998; I. BECEIRO PITA, *Libros, lectores y bibliotecas en la España medieval*, Murcia, Nausicaä, 2007; J. AURELL y A. PUIGARNAU, *La cultura del mercader en la Barcelona del siglo XV*, Barcelona, Omega, 1998; y en los trabajos citados en la nota 25.

del volumen, se pasó, a partir de finales del siglo XIV, a descripciones más amplias, que incluían fragmentos de texto. Estos fragmentos podían ser los iniciales y finales del volumen –no de las obras en una miscelánea– o de una de las primeras y de las últimas páginas o folios, en este caso nunca la inicial y la final, con el objetivo claro de evitar la picaresca pero con consecuencias de pesadilla para el estudioso. En esta evolución se intuye el deseo de mejorar la efectividad práctica y jurídica del documento y es un claro reflejo, en última instancia, del valor económico y social que iba alcanzando el libro en amplios estratos de la población, también, cada vez más, el libro en vulgar. Por otra parte, en la forma de expresar el título de las obras científicas y técnicas se descubre la familiaridad del notario y de sus escribanos con este ámbito del saber; expresión del título que ha dado lugar a equívocos en algunos estudios, que desconocen u olvidan el objetivo de la fuente, pues no refleja necesariamente la lengua en que estaba escrita la obra inventariada sino que es el resultado de la comunicación oral entre los autores del documento, interesados en asegurar la identificabilidad de la pieza, no de la obra²⁸.

La disponibilidad de esta fuente de capital importancia para los estudios históricos y filológicos no es universal, en la Europa latina, al menos hasta muy avanzado el siglo XV. De nuevo, las regiones ribereñas del arco mediterráneo noroccidental en las que surgió la institución notarial concentran los fondos más abundantes y más antiguos, aunque afortunadamente no los únicos. La publicación de colecciones documentales de inventarios de bibliotecas, principalmente en el marco de estudios sobre libro y lectura, ha puesto al alcance del investigador y del público ilustrado en general un rico caudal de información sobre los intereses culturales de mercaderes, juristas, notarios, médicos, artesanos y otros habitantes de las ciudades, también nobles y clérigos, entre cuyos intereses no faltan los temas científicos y técnicos, muy especialmente los difundidos en lengua vernácula.

Con todo, a pesar de la riqueza extraordinaria de los inventarios de bienes como fuente para la historia del libro y de la lectura, existen también otras fuentes que resultan muy útiles para completar y ampliar la información que se obtiene de aquellos y que con frecuencia se olvidan. Compraventas, préstamos con garantía de depósito o procesos inquisitoriales, por citar tan sólo las tipologías documentales más generosas, ofrecen un buen caudal de información sobre la posesión y la circulación del libro, también del libro técnico en vulgar²⁹.

Aun asumiendo las limitaciones de las fuentes, tal como se han expresado, la radiografía de las inquietudes culturales de los que no ejercían los oficios relacionados con las

28. LL. CIFUENTES, *La ciència en català...*, pp. 83-85. En LL. CIFUENTES, “La promoció intel·lectual i social dels barbers-cirurgians a la Barcelona medieval...”, se publica y analiza un inventario de bienes de un barbero-cirujano barcelonés del siglo XV.

29. Se ha demostrado su utilidad en J. HERNANDO I DELGADO, “Crèdit i llibres a Barcelona, segle XIV: els contractes de venda de rendes (censals morts i violaris) garantits amb vendes simulades de llibres. El llibre, instrument econòmic i objecte de cultura”, *Estudis Històrics i Documents dels Arxius de Protocols*, 18, 2000, pp. 7-222.

ciencias resulta aparentemente muy detallada. Aparentemente, porque deberá tenerse en cuenta, y no siempre se hace, que una biblioteca puede incluir libros heredados, que no representan al individuo que los posee, y también libros para no ser leídos. Extremos que el investigador difícilmente puede verificar.

En cualquier caso, esta documentación archivística es un complemento importantísimo, en los países donde la historia y la conservación han permitido que exista, de los volúmenes manuscritos e impresos que han sobrevivido hasta nuestros días en diferentes fondos bibliográficos. En efecto, es gracias a la comparación de las noticias históricas que proporciona esta documentación con los materiales actualmente conservados que descubrimos hasta qué punto estos últimos son solamente una pequeña parte, difícilmente calibrable, de los que llegaron a circular. A pesar de ello, los volúmenes conservados constituyen el testimonio más directo que poseemos para el estudio de las inquietudes culturales de los lectores de antaño, y no son de ninguna manera testimonios mudos. La observación atenta de estos volúmenes con las armas del historiador y del filólogo, y sobre todo con las del codicólogo y el paleógrafo, muchas veces permite obtener interesantes datos sobre sus comitentes, poseedores y/o usuarios, así como sobre la forma como eran utilizados y leídos. El tipo de obras que contienen, su ordenación y disposición, la calidad del soporte y de la copia, la decoración y las tintas o la presencia de anotaciones y de añadidos pueden ayudar a desvelar aquellos extremos. El burgués medio interesado por la ciencia en lengua vernácula prefería obras de carácter práctico, incluso si procedían de la tradición universitaria, en ocasiones compartiendo volumen con otros textos didácticos o devocionales, con una disposición clara relativamente formalizada, escritas sobre papel de calidad por parte de uno o más copistas profesionales y con un uso comedido de la decoración y la variedad de tintas, y él o sus descendientes podían añadir natalicios u otros textos familiares, cotidianos o contables en los folios en blanco o en nuevos cuadernos, así como anotaciones que ayudaran a seguir la estructura del texto o a localizar determinados pasajes más que a comentar o ampliar el contenido. Si ejercía de autor de obras de índole científico-técnica, no era extraño que se inclinara por las compilaciones de extractos de otras obras o por los recetarios, con una marcada presencia de los temas relativos a la salud, tanto en textos o fragmentos propiamente médicos o farmacológicos como en los de carácter astrológico, mágico, alquímico o culinario. Sólo en contadas y valiosas ocasiones se cuenta con el testimonio explícito de los autores o los traductores de estas obras, a través de prólogos o epílogos justificativos en los que informan de sus motivaciones y del público al que se dirigían³⁰.

A partir del estudio de estas fuentes –testimonios documentales, volúmenes conservados y escritos justificativos– se puede adivinar qué tipo de obras en vulgar sobre la

30. En LL. CIFUENTES, “Vernacularization as an intellectual and social bridge...”, se analizan los públicos de las obras científico-técnicas en vulgar a partir de testimonios representativos de cada uno de ellos, teniendo en cuenta su presencia en las bibliotecas antiguas, los volúmenes conservados y los prólogos que contienen. Véase también LL. CIFUENTES, “Fuentes para el estudio de la vernacularización de la ciencia...”.

ciencia y la técnica interesaban a quienes no tenían relación profesional con estos campos³¹. En primer lugar, estaban interesados por las obras que permitían la ostentación social. Esta función se conseguía, por supuesto, con la riqueza del volumen, dotado fundamentalmente, en este caso, de una encuadernación lujosa, en gran formato, con folios de pergamino, escrito a dos columnas, con variedad de tintas y presencia de ilustraciones. Pero no era sólo la riqueza del continente lo que proporcionaba la posibilidad de ostentación. También un determinado contenido cumplía, de forma combinada o incluso por sí mismo, esta función social. En este sentido, los textos procedentes de la prestigiosa tradición universitaria vertidos al vulgar, incluso si las traducciones eran poco inteligibles, resultaban especialmente útiles para tales objetivos. Pero más allá de estos estrechos márgenes universitarios, se buscaba la ostentación del saber en general, contando como se contaba con su valoración social como instrumento de promoción del individuo. En estos casos, según la potencia económica del comitente, el volumen podía incorporar más o menos elementos lujosos, pudiendo quedar estos reducidos al mínimo: el “lujo” estaba en el contenido. La característica común de estas obras era su practicidad, siendo muy reducidas en número las que se dedicaban a la especulación intelectual, e incluso en éstas el sesgo práctico resulta evidente.

Frecuentemente en estrecha relación con este multiforme deseo de ostentación, en particular con sus últimas facetas, este sector de la demanda se interesaba por las obras técnicas de la más variada naturaleza, desde los regímenes de salud o los textos farmacológicos hasta los tratados de astronomía/astrología o aritmética, pasando por la cirugía, la agronomía, la cocina, la cartografía o la magia. Algunos estudiosos se han sorprendido por la presencia, en manos de este tipo de público, de obras de una temática tan sumamente especializada, que hoy no formarían parte de las bibliotecas de sectores sociales parangonables. De este hecho se ha deducido que se trataba de obras destinadas exclusivamente a la ostentación, según los patrones antes señalados, y no a su utilización práctica. Si se cruza la información procedente de los tres tipos de fuentes disponibles, se descubre que estamos ante una interpretación precipitada, cuanto menos en muchos de los casos. Una interpretación que no tiene en cuenta la unidad del saber en la época y la difusión y penetración sociales del interés por las “cosas naturales”, en definitiva por todo lo que se relacionaba con o podía ayudar a conocer la correspondencia entre el macrocosmos (el universo) y el microcosmos (el ser humano y la vida en la Tierra).

Un aspecto de gran importancia relacionado con las funciones que tenían las obras científicas presentes en las bibliotecas de este público extraacadémico y que ha dado lugar también a interpretaciones desencaminadas es la calidad de las traducciones vernáculas. El estudioso descubre, en efecto, la existencia relativamente frecuente de traducciones de limitada calidad y ello ha motivado, en ocasiones, una visión de conjunto

31. Para obras concretas, que aquí se omiten para no convertir esta presentación en un elenco fastidioso de nombres y títulos, véase el análisis del caso catalán ofrecido en LL. CIFUENTES, *La ciència en català...*

negativa de todo este fenómeno histórico, sobre todo desde estudios históricos o filológicos intelectuales o internalistas poco o nada conectados con los de carácter social o contextual. Afortunadamente, un mejor conocimiento de esta parte del patrimonio histórico, así como una mayor combinación de las perspectivas de estudio, contribuye a su creciente valoración. Coexisten en él las buenas traducciones con las malas traducciones, efectivamente, igual como sucedía en el latín y a priori en cualquier otro proceso traductor, e incluso es posible que las malas traducciones sean especialmente numerosas. Sin embargo, la cuestión no puede estar, para el historiador o el filólogo, en condenar o no por esta razón un proceso histórico de importancia tan evidente, sino en dilucidar las causas por las cuales se dieron y circularon, a pesar de todo, esas traducciones mediocres y cuál fue su papel, si lo tuvieron, en el devenir de la ciencia y en su difusión. La respuesta parece estar en el enorme éxito del proceso de vernacularización del saber. El ansia de poseer ciencia, para sus diversos usos, encontró una oferta de traductores en ocasiones poco escrupulosos, bien por la picaresca inherente a toda posibilidad de negocio fácil, bien por la escasa formación que podían tener en el trabajo con unas lenguas cuya aplicabilidad a las ciencias estaba siendo creada y desarrollada sobre la marcha. Traductores y copistas sabían que a sus clientes, sobre todo a los que no ejercían los oficios técnicos, les importaba más la apariencia que el rigor, que por otro lado sólo con el uso era posible contrastar. Y el uso fue lo que demostró, precisamente, la poca calidad de muchos de estos productos y determinó la aparición, a partir de la segunda mitad del siglo XIV, de una creciente demanda de traducciones “bien corregidas”, tanto entre el público profesional como entre el que no ejercía oficios técnicos relacionados con las ciencias. La mala calidad de algunas traducciones es, por tanto, en este caso, el mejor indicio de la importancia histórica del fenómeno y ambos sectores del público extraacadémico demostraron un interés creciente por superar este problema. Por otro lado, el modelo de lengua utilizado en estos textos, especialmente en los que adoptaban la forma de recetario, en ocasiones calificado de “errático, cobra sentido si es entendido en función del público al que se dirigían –que con frecuencia se encontraba en la intersección entre oralidad y escritura– y en las formas de vertebrar un producto nuevo a partir de diversas fuentes preexistentes con la necesaria complicidad del lector³².

En la posesión de obras especializadas es posible distinguir patrones sensiblemente diferentes entre nobleza y burguesía. La nobleza poseía de forma muy destacada obras de albeitería y de cetrería, que exponían los conocimientos sobre hipología e hipiatría y los relativos al manejo y terapéutica de las aves rapaces útiles para la caza, conocimientos que formaban parte del bagaje cultural y técnico que se exigía al caballero. Los regímenes de salud, con un programa preventivo y terapéutico que permitía mantener una vida sana, eran manuales médicos de una difusión casi universal entre este público, muy sensible a las maneras, gustos e iniciativas culturales del primero de los nobles, el

32. Este aspecto ha sido estudiado a propósito del célebre tratado catalán de andrología *Speculum al foder*, en A. ALBERNI (ed.), *Speculum al foder*, Bellcaire d'Empordà, Edicions Vitel·la, 2007, pp. 33-40.

monarca, frecuente destinatario de los originales de estas obras. Se interesaban también, especialmente las mujeres nobles, por los recetarios de cocina y de confitería, así como por los que combinaban la cosmética y la ginecología, y el elemento masculino por los manuales de andrología, todos ellos relativos a diferentes aspectos del régimen de salud.

Los diferentes sectores de la burguesía, especialmente el patriciado urbano, fueron muy receptivos al modelo cultural que emanaba del estamento dominante. Por ello, no es extraño encontrar en sus bibliotecas textos sobre materias que reflejaban el lujoso estilo de vida de la nobleza. Ahora bien, su interés por muchos de estos textos, incluidos los que se acaban de señalar, respondía también a un designio de utilidad práctica orientado a facilitar la gestión racional de todos los elementos que conformaban su vida cotidiana, más o menos opulenta. Junto a los textos relativos a la salud humana y animal, los miembros de la burguesía, especialmente los mercaderes, se interesaron en particular por los manuales de aritmética y de mercadería, de sensible incidencia en su vida profesional, y también por los tratados de agronomía, útiles para la gestión de las fincas rústicas que empezaban a adquirir. Algunos sectores profesionales, como los notarios, poseían también formularios de documentos o tratados sobre el arte de escribir y el cómputo. En algunos de sus libros, incluso en los registros de su propia profesión, desde los libros contables a los protocolos notariales, copiaron notas y extractos de diversa procedencia, oral o escrita, frecuentemente en forma de recetas, que les resultaban útiles y, de esta manera, de fácil acceso³³. En las más o menos reducidas bibliotecas de los miembros de la pequeña burguesía y el artesanado se distingue un deseo de imitar estos patrones culturales, junto a una mayor especialización de las obras presentes de acuerdo con el oficio de su propietario.

De estas y de otras obras en vulgar sobre la ciencia y la técnica los sectores extra-académicos ajenos al ejercicio profesional de la ciencia obtenían, más allá de un instrumento de promoción social y de una fuente de informaciones útiles para la vida cotidiana y quizás también profesional, un bagaje cultural sobre un ámbito del saber prestigioso y valorado que después aplicarían o harían aplicar a otras áreas, desde las bellas artes a la creación literaria.

7. Formas de compendiar los saberes útiles

Aparte de estos tratados especializados, las compilaciones del saber, en sus diferentes formas, atrajeron de manera muy especial a los sectores de la burguesía y de la nobleza que leían ciencia en vulgar. Estas compilaciones no sólo les proporcionaban acceso inme-

33. Entre otros ejemplos publicados, y por citar uno de procedencia navarra con este perfil, véase F. SERRANO LARRÁYOZ, "Un recetario médico-farmacéutico navarro de mediados del siglos XV", *Príncipe de Viana*, LXII/224, 2001, pp. 653-664.

diato a un variado repertorio de saberes útiles, sino que les conferían una idea de seguridad ante la creciente diversificación del catálogo del saber, en un momento en que, muy significativamente, surgían iniciativas, como la de Ramon Llull, de gran difusión hasta avanzada la Edad Moderna, cuyo objetivo era simplificar el acceso de los laicos a ese catálogo y con un acento muy marcado en las “cosas naturales”³⁴. El enciclopedismo tomó nuevo impulso durante los siglos bajomedievales precisamente apoyado en la demanda de estos sectores sociales extraacadémicos; se tradujeron obras importantes de los siglos anteriores, incluso las que ya resultaban obsoletas, y se elaboraron nuevas enciclopedias directamente en lengua vernácula. Surgieron los “tesoros” o compendios del saber, las recopilaciones de “flores” o extractos de textos mayores, y se dio un auténtico auge de los recetarios, que en ocasiones, a pesar de una estructura en principio más abierta y menos organizada, poco tenían que envidiar a algunas compilaciones enciclopédicas.

En general, estas compilaciones del saber recopilaban saberes considerados útiles esencialmente para el contexto privado y doméstico de una casa noble o burguesa. El peso de los componentes relativos a la salud era muy importante, algunas veces exclusivo, y responde a razones de índole general que ya se han expuesto. Este peso de la salud en estas compilaciones es incluso más importante de lo que con frecuencia se piensa a partir de una observación superficial. En efecto, dicho peso no se distingue sólo en los textos o fragmentos propiamente terapéuticos o farmacológicos –los más directamente relacionados con la medicina racional académica–, sino también en otros compañeros de viaje aparentemente –sobre todo si los analizamos desde los apriorismos actuales– distintos o extraños. Era el caso de las colecciones de recetas de cosmética, una materia íntimamente relacionada con la medicina, tal como se expone en otra parte de este estudio introductorio; de recetarios de cocina y de confitería, para la preparación, en ocasiones fastuosa, de todo tipo de alimentos y de dulces, y en la que solían tenerse en cuenta las prescripciones de los regímenes de salud respecto a la comida y la bebida; de introducciones o calendarios astrológicos, cuya aplicabilidad a la práctica médica, muy en particular a la flebotomía, era precisamente lo que con frecuencia explica su presencia; de colecciones de recetas sobre destilados o sublimaciones alquímicas, fruto de la investigación en la alquimia del elixir, mayoritaria en el contexto mediterráneo, y orientada a la consecución de un medicamento universal; y, en fin, de diferentes elementos mágicos, especialmente de magia religiosa (conjuros, oraciones), astrológica (sellos, imágenes) y

34. Entre la extensa bibliografía sobre el polígrafo mallorquín, véase A. BONNER, *Obres selectes de Ramon Llull (1232-1316)*, 2 vols., Palma de Mallorca, Moll, 1989, 2ª ed. revisada, y del mismo autor, *The Art and Logic of Ramon Llull: A User's Guide*, Leiden, Brill, 2007. Puede consultarse también la *Base de dades Ramon Llull-Llull DB* <<http://orbita.bib.ub.es/llull>> del Centre de Documentació Ramon Llull (CDRL), de la Universitat de Barcelona. Una presentación didáctica y multilingüe de Llull y su obra, elaborada por el mismo CDRL, en *Qui és Ramon Llull?* <<http://quisestlullus.narpan.net>>. Para Llull y la ciencia, véase J. M. RUIZ SIMON, *L'Art de Ramon Llull i la teoria escolàstica de la ciència*, Barcelona, Quaderns Crema, 1999; y L. BADIA, “La ciència a l'obra de Ramon Llull”, en J. VERNET I GINÉS y R. PARÉS I FARRÀS (dirs.), *La ciència en la història dels Països Catalans*, vol. 1 (*Dels àrabs al Renaixement*), València, Institut d'Estudis Catalans-Universitat de València, 2004, pp. 403-442.

natural (virtudes ocultas de piedras, plantas y animales), que podían aparecer también de forma muy diseminada en otros textos o pasajes, incluidos en los que hoy consideraríamos más “científicos”. Muchos de estos textos o extractos, relacionados de una u otra manera con la salud, podían referirse a seres humanos o a animales (sobre todo equinos, rapaces o perros), de forma separada o indistinta.

La recopilación de esta amplia gama de saberes prácticos en un volumen podía adoptar formas diversas, que coexistieron en el tiempo y que estuvieron sujetas también a la evolución de las modas. Dejando aparte el caso de las enciclopedias propiamente dichas, que no interesa a nuestro propósito, podemos distinguir fundamentalmente entre dos tipos: por un lado, las recopilaciones misceláneas de textos independientes copiados en un solo volumen en un determinado orden y de acuerdo con las necesidades de su propietario y, por otro lado, las compilaciones de extractos de otra u otras obras –sobre todo en forma de recetas– en las que los materiales se fusionan para dar lugar a una nueva obra original, que se identifica con las denominaciones genéricas de “tesoro”, “flores”, “vergel” y otras aún.

Las recopilaciones misceláneas incluían una cantidad variable de obras, de temáticas también diversas, aunque nunca solía faltar uno o más textos sobre la salud humana o animal. Con frecuencia estas obras se han editado por separado, sin tener demasiado o nada en cuenta el contexto –es decir, el volumen misceláneo– en el que se encuentra copiada. Este contexto no tan sólo confiere un interés añadido a la obra sino que proporciona importante información sobre sus usuarios y sobre la forma como estos la leían y utilizaban. Así, por ejemplo, la presencia de textos de interés mercantil, religioso o caballeresco en el conjunto apunta hacia determinados perfiles muy definidos que dan un sentido suplementario al resto de las obras del volumen. Es el caso, entre otras, de una miscelánea médica portuguesa, que incluye un texto de ética mercantil³⁵; de una miscelánea médica, astrológica y culinaria valenciana, que incluye un calendario de misas y otros textos religiosos³⁶; o bien de otra miscelánea catalana con textos educativos, hipiátricos, cinegéticos, cosméticos (“Flores del Tesoro de Belleza”) y culinarios, que incluye la regla de una orden militar cortesana³⁷. Esta última miscelánea constituye además un modelo de transición hacia el segundo tipo de compilación del saber que se ha señalado, pues los diferentes textos que contiene, aun conservando su independencia, se hallan relacionados entre sí por breves introducciones redactadas por un anónimo compilador, que realizó su obra por encargo de una casa noble y con objeto de servir de manual formativo para hijos e hijas de caballeros³⁸. Otro ejemplo que combina una y

35. Évora, Biblioteca Pública de Évora, ms. CXXI/2-19, de la segunda mitad del siglo XV. Véase su descripción completa en *PhiloBiblon* <<http://sunsite.berkeley.edu/Philobiblon/BITAGAP/1508.html>>.

36. Valencia, Biblioteca General i Històrica de la Universitat de València, ms. 216, de la primera mitad del siglo XV. Descrito en *PhiloBiblon* <<http://sunsite.berkeley.edu/Philobiblon/BITECA/1177.html>>.

37. Barcelona, Biblioteca de la Universitat de Barcelona, ms. 68, de mediados del siglo XV. Descrito en *PhiloBiblon* <<http://sunsite.berkeley.edu/Philobiblon/BITECA/1194.html>>.

38. Esta consideración en LL. CIFUENTES, *La ciència en català...*, pp. 111-112, 154, 295 y 297-298.

otra forma de compilación del saber, esta vez en castellano, es el conocido como *Tesoro de los remedios* (o *Tesoro de la medicina*), que incluye diferentes recetarios médicos, alquímicos y cosméticos compilados por un anónimo³⁹. Algunas de estas misceláneas circularon como conjunto más o menos estable –prueba fehaciente de su eficiencia– y en algunos casos llegaron incluso a imprimirse. Fue el caso de la célebre miscelánea de divulgación médica conocida como *Fasciculus medicine*, compilada o simplemente poseída por el alemán Juan de Ketham en el siglo XV y con una gran circulación a su nombre entre el público extraacadémico hasta avanzado el siglo XVI en un buen número de traducciones vernáculas (en castellano a partir de 1494, con los títulos de *Compendio de la salud humana* y *Epílogo en medicina y cirugía*)⁴⁰.

Las compilaciones que fusionan materiales procedentes de una o diversas obras surgieron a lo largo del siglo XV, formando parte a veces de volúmenes misceláneos, y alcanzaron un gran éxito durante el siglo XVI, con productos de mayor extensión y un orden más sistemático que en algún caso llegaron a la imprenta. Si bien los productos del Cuatrocientos suelen centrarse en un solo tema, por lo general referente a la salud, y con frecuencia proceden de una única obra, los textos del XVI son, fundamentalmente, compilaciones de recetas de muy diversa procedencia que abarcan una gran diversidad de temas, desde los relativos a la salud hasta la economía doméstica.

La procedencia de estas recetas o extractos era muy variada, desde las obras mayores especializadas de índole diversa hasta la propia tradición oral, siendo la mayoría de las veces muy difícil la identificación de sus fuentes, que raramente se citan y menos aún con precisión. Sin embargo, la voluntad evidente del autor de estas compilaciones era ofrecer un repertorio de saberes prácticos dotado de las debidas garantías y para conseguirlo recorría habitualmente a la cita de autoridades de prestigio –es decir, las más conocidas por su público– y a manifestar la supuesta experimentación anónima previa de las recetas, extremos que es muy posible que le vinieran facilitados ya por sus fuentes directas.

Por otra parte, se trata de compilaciones de saberes que mantienen una estrecha relación con los llamados libros de “secretos”, un género que, partiendo de la tradición medieval del *Secretum secretorum*, llegó a tener una amplia difusión durante los siglos XVI y XVII. El *Secretum secretorum* es un texto de origen árabe sobre la forma en que debe gobernar un príncipe –pretende ser un largo consejo político de Aristóteles a

39. Sevilla, Biblioteca Colombina, ms. 5-1-17, de la primera mitad del siglo XV. Véase M^a P. ZABÍA LASALA (ed.), *Tesoro de los remedios: The text and concordance of MS 5-1-17*, Biblioteca Colombina, Madison, The Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1987, cuya transcripción paleográfica del texto fue incluida también en M^a T. HERRERA y M^a E. GONZÁLEZ DE FAUVE (dirs.), *Textos y concordancias electrónicos del Corpus Médico Español*, Madison, The Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1997.

40. Estudio de la obra y edición de la traducción italiana en T. PESENTI (ed.), *Fascicolo de medicina in volgare: Venezia, Giovanni e Gregorio de Gregori, 1494*, 2 vols., Treviso, Antilia-Centro per la storia dell'Università di Padova, 2001. La traducción castellana en M^a T. HERRERA (ed.), *Text and concordances of Madrid, Biblioteca Nacional, I-51*, Madison, The Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1987, cuya transcripción paleográfica del texto fue incluida también en M^a T. HERRERA y M^a E. GONZÁLEZ DE FAUVE (dirs.), *Textos y concordancias electrónicos...*

Alejandro— y sobre los conocimientos que en diversos campos es aconsejable que tenga el gobernante, desde la moral hasta la filosofía natural, pasando por la higiene o la fisionomía, no sin numerosas interpolaciones que incrementaban el conjunto ya en los originales árabes. Con semejantes avales y contenidos se convirtió pronto en Europa, a partir del siglo XIII, en libro de cabecera de los monarcas y de unas élites nobiliarias y burguesas que recibieron con los brazos abiertos una guía de conducta que abarcaba y relacionaba ámbitos del conocimiento hacia los que demostraban una gran sensibilidad. En latín y, sobre todo, en múltiples traducciones vernáculas alcanzó una difusión enorme durante los siglos posteriores y en algún caso llegó a ser conocido con el muy significativo título de *Libro de regimiento de señores*⁴¹.

A partir de ahí se desarrolló una extensa y muy variada literatura divulgativa que pretendía exponer “secretos” sobre cualquier ámbito del saber, especialmente sobre los relativos a la filosofía natural y la medicina, cuyo cometido era descubrir conocimientos prácticos, pero no evidentes, que sólo el estudio y la experiencia permitían dominar. Surgieron “secretos” ginecológicos, farmacológicos, alquímicos, quirúrgicos, agronómicos, etc., que se sirvieron del atractivo de la palabra para asegurarse una gran difusión, adoptando a veces la estructura de cuestiones o “problemas”, de un didacticismo probado entre aquellos sectores extraacadémicos⁴². Sin embargo, en los más típicos representantes del género de “secretos”, los saberes ocultos, pertenecientes al extenso y variado universo de la magia, muy particularmente de la magia natural, tenían un peso importante e incluso definitorio⁴³. Este no era el caso de las compilaciones de saberes prácticos que nos ocupan. A pesar de la presencia más o menos diseminada de elementos mágicos en estas compilaciones, en conjunto ésta no solía ser muy amplia e incluso podía estar totalmente ausente, sobre todo a partir del recrudecimiento de las persecuciones inquisitoriales. No se trata, pues, propiamente de libros de “secretos”, aunque sus autores utilizaran algunas veces este calificativo para definirlos, bien por mimetismo con aquella divulgada literatura, bien para asegurar una buena difusión a su producto —en el caso de que estuviera destinado a la circulación más allá del ámbito familiar—, aprovechando la fama de aquel género.

41. Sobre el *Secretum secretorum*, véase fundamentalmente W. F. RYAN y CH. B. SCHMITT (eds.), *Pseudo-Aristotle, The ‘Secret of Secrets’: Sources and Influences*, Londres, Warburg Institute, 1982; y S. J. WILLIAMS, *The Secret of Secrets: The Scholarly Career of a Pseudo-Aristotelian Text in the Latin Middle Ages*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2003. Para sus traducciones en lenguas vernáculas románicas, véase I. ZAMUNER, “La tradizione romanza del *Secretum secretorum* pseudo-aristotelico: regesto delle versioni e dei manoscritti”, *Studi Medievali*, 1, 2005, pp. 31-116.

42. Para los textos de divulgación científica con estructura de “problemas” véase A. CARRÉ y LL. CIFUENTES, “Éxito y difusión de la literatura de ‘problemas’ en la Castilla del siglo XVI: la traducción castellana de *Il perché* de Girolamo Manfredi (Zaragoza, 1567)”, *Asclepio*, 58, 2006, pp. 149-196.

43. Para este género véase W. EAMON, *Science and the Secrets of Nature: Books of Secrets in Medieval and Early Modern Culture*, Princeton, Princeton University Press, 1994. Una síntesis sobre la magia en R. KIECKHEFER, *Magic in the Middle Ages*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 1989 [trad. esp.: *La magia en la Edad Media*, Barcelona, Crítica, 1992].

De la misma manera que el *Secretum secretorum* circuló también como *Libro de regimiento de señores*, en alusión a un público ampliado que iba más allá de los príncipes, algunas de estas compilaciones prácticas creadas en los círculos de la nobleza y la burguesía utilizaron formulaciones similares en sus títulos. Es el caso de un muy interesante *Vergel de señores* en castellano, elaborado en la primera mitad del siglo XVI, con una estructura y unos contenidos muy parecidos al *Regalo de la Vida Humana* de Juan Vallés, hasta el punto de que ésta parece ser una de sus fuentes inmediatas⁴⁴. Estamos ante un concepto de autoría muy diferente del de nuestros días, en el que no cabía hablar de plagio, pues el compilador, el que reproducía y reordenaba más o menos profundamente materiales extraídos de obras precedentes, era precisamente uno de los tipos más frecuentes de autor. Vallés parece haber actuado con el *Vergel de señores* tal como hicieron sus predecesores en el género, incluido el autor de este *Vergel*: reproduce, reordena, selecciona e interpola a su gusto. Su objetivo –declarado– no es otro que resultar útil.

44. Biblioteca Nacional de España, Ms. 8565.